





2

A

350

EL PORVENIR DE ESPAÑA



A.25.264

MIGUEL DE UNAMUNO

Y

ANGEL GANIVET

EL PORVENIR  
DE ESPAÑA



MADRID  
RENACIMIENTO  
SOCIEDAD ANÓNIMA EDITORIAL  
PONTEJOS, 3.

1912

BIBLIOTECA

Luis Rosales



ES PROPIEDAD

Establecimiento tipográfico editorial.—Pontejas, 3.

*A raíz del desastre, dos pensadores de la talla de Angel Ganivet y Miguel de Unamuno, escribieron los capítulos que integran este libro trazando un camino ideal por el que España pudiera llegar á la cicatrización de la herida profunda que acababan de inferirle sus propios errores.*

*Han pasado desde entonces catorce años y los problemas que en estas páginas se tratan permanecen en igual situación que aquellos días; durante período tan largo el país ha dormido; por eso reproducimos esta voz que quiso despertarle.*

*Se habla aquí de la guerra, de la conquista de África, del socialismo, de los partidos políticos, de la enseñanza, del problema económico, de la religión, de todo, en fin, lo que sigue inquietando á la nación, de todo lo que continúa y continuará siendo de transcendental y cálida actualidad.*

*Muerto Ganivet, estas son sus últimas palabras sobre el porvenir de España, y si es cierto que el espíritu y el pensamiento del insigne Unamuno han podido evolucionar en parte, no lo es menos que el país sigue padeciendo de los mismos males, y que, por tanto, los remedios, no fracasados, guardan aún toda su eficacia. Por eso se publica este libro.*

LOS EDITORES.

ACLARACIONES PREVIAS



Conocí á Angel Ganivet en la primavera de 1891 hallándonos ambos en Madrid con el fin de hacer oposiciones á cátedras de griego, yo á esta de Salamanca que profeso, y él á una de Granada. El Tribunal, presidido por mi venerado Maestro D. Marcelino Menéndez y Pelayo, era el mismo para las dos oposiciones, pero los ejercicios eran distintos; primero, los de la cátedra de Salamanca, y después, los de Granada. Ganivet asistió á mis ejercicios todos y yo á los suyos, y todos los días de aquellos alegres y claros de Mayo y Junio, nos reuníamos después de almorzar en el café, y después de

haber concluído los ejercicios, á media tarde, nos íbamos á tomar sendos helados—de que, como yo, era goloso—á una horchatería de la Carrera de San Jerónimo y desde allí al Retiro.

Tenía yo entonces veintisiete años aún no cumplidos y era Ganivet algo más que un año más joven que yo. El por aquel tiempo hablaba mucho menos que me han dicho hablaba después, y yo hablaba tanto ó más, que he seguido hablando, y era yo, por lo tanto, quien de ordinario llevaba la palabra. Pero sus observaciones é interrupciones eran agudas y sutiles, aunque creo recordar que no siempre congruentes. De lo que más hago memoria es de las cosas que de los gitanos de Granada me contaba, y él escribió más tarde, recordar unas ranas algo antropomórficas que solía dibujar yo en la mesa del café, pues por aquel tiempo me entró el capricho, sugerido por un dibujo japonés, de ilustrar la Batraco-

miomaquía, para lo que me había provisto de ranas, á las que con una especie de potro, colocaba en posturas humanas, tomando luego apuntes del natural de ellas.

Después de una compañía cotidiana de más de mes y medio, reuniéndonos y conversando día á día, Ganivet y yo nos separamos, yo para venir á mi cátedra de Salamanca, y él, pues no le dieron la de Granada, que se llevó D. José Alemany, muy excelente heleenista hoy, para ir á vivir la vida de Pío Cid y á prepararse á oposiciones al Cuerpo consular. Y pasó el tiempo, y yo, justo es decirlo, llegué casi á olvidar á aquel granadino parco en palabras que durante mes y medio me sirvió á diario de ¡oh, amado Teótimo! para ejercer mi instinto de charla.

Algunos años después de esto, hacia 1896, hallándose en ésta de Cadrático de Derecho civil mi muy querido amigo el granadino D. José María

Segura, uno de los hombres más simpáticos y de los conversadores más amenos é ingeniosos que he conocido, me dijo si no me acordaba de un cierto Angel Ganivet á quien en Madrid había conocido y me dió unas correspondencias escritas por éste desde Gante á *El Defensor de Granada*. Las leí y me encontré con otro hombre que el que en nuestras conversaciones se me había mostrado. Le escribí, me contestó y trabamos una nueva relación, ésta epistolar, que no se interrumpió hasta pocos días antes de su misteriosa y tal vez trágica muerte en que me escribió su última carta de nuestra correspondencia, una carta desolada y trágica. Porque yo no sé bien lo que escribiría á otros, pero en las cartas que á mí me escribió, el trágico problema de ultratumba palpitaba siempre.

De ésta nuestra correspondencia, que duró dos años, nació la idea de cambiar cartas abiertas y públicas en

*El Defensor de Granada* en que expusiéramos los dos nuestros respectivos puntos de vista por entonces referentes al porvenir de España, objeto primordial de la preocupación suya y de la mía.

Tal es el origen de estos escritos que hoy publica la "Biblioteca Renacimiento".

Como han pasado cerca de catorce años desde que estas cartas abiertas se publicaron y en estos años he cambiado no poco en mi manera de ver y apreciar nuestras cosas yo, por mi parte, habría condenado á no ser jamás reeditada la parte que en este volumen me corresponde, y si he accedido á ello, es sólo para que así resulte más claro y más justificado lo de Ganivet que á lo mío se refiere como lo mío á lo suyo. Quiero, pues, hacer constar que sólo como antecedente ó más bien concomitante de una obra de Ganivet dejo que se publique mi parte.

Ni es cosa tampoco, me parece, de que me ponga ahora aquí á señalar aquellos puntos en que ratificaría y aquellos otros en que rectificaría ó refutaría hoy mis opiniones de entonces. La conducta de todo hombre que de veras vive y no es esclavo de una embrutecedora y tiránica consecuencia, es una continuación, ratificación y rectificación de su pasado. Y en un escritor basta seguirle. Además, no tengo ahora á la vista el material de este volumen y ni recuerdo tampoco lo que escribí entonces.

Aunque aquí trato de Ganivet he de tratar también, por fuerza, de mí mismo, y el lector ha de permitirme un desahogo, desahogo que dejo se achaque á ese egotismo que algunos me reprochan.

Es el caso que al hablar de Ganivet algunos le han llamado precursor, y de hecho todos somos precursores de los que nos siguen y continuadores de

los que nos preceden, pues la cadena humana no se rompe sino para los locos. Ahora, cuando al llamarle precursor se han referido, entre otros, en alguna ocasión á mí, tiene ello un sentido contra el que quiero protestar. Porque si se llama precursor al que muere antes que otro, como Ganivet murió hace más de trece años, y yo, por la gracia de Dios, aún vivo, claro es que me *precurrió* en la muerte; pero si se aplica al nacimiento natural, yo nací un año, tres meses y catorce días antes que él, y si al nacimiento espiritual, como publicistas, también empecé á escribir antes que él.

Cuando Ganivet publicó su *Idearium español*, hacía ya algún tiempo que había publicado yo en *La España Moderna*, en los números de los meses de Febrero á Junio de 1895, mis cinco ensayos *En torno al casticismo*, en los que se encuentran, en germen unas veces y otras desarrolladas, no pocas

ideas del *Idearium*. Lo que podría comprobar con las cartas mismas que Ganivet me escribió. Es decir, y lo digo redondamente y sin ambages, que si entre Ganivet y yo hubo influencia mutua fué mucha mayor la mía sobre él que la de él sobre mí.

Esto podrá parecer un pretexto para recriminaciones por carambola, y sobre un muerto venerando, que es peor, y de hecho lo es. Porque sí; de Ganivet, de aquel hombre todo pasión y lealtad, nada sino mucho bueno tengo que decir; pero ya estoy harto de oír que niegan haberme conocido y conversado conmigo los que más me deben—aunque yo también les deba algo—y de ser víctima del robo con asesinato.

No me he dedicado nunca á administrador, con mayores ó menores emolumentos de administración, de la gloria ajena ni á exhibir las cartas de altos espíritus que á cambio de las

muchas que yo he escrito he recibido; pero guardo el culto de los hombres en uno ú otro sentido heroicos con los que he tenido la suerte de encontrarme alguna vez é ir un trecho del brazo por el camino de la vida. Y sé que si Ganivet resucitara aprobaría mi anterior desahogo.

Y hechas estas aclaraciones personales, demasiado personales, en exceso humanas acaso, aquí quedan al lector las cartas abiertas de Ganivet y mías, debiendo repetirle una vez más que por lo que hace á éstas, á las mías, quedan invalidadas por cuanto después he escrito sobre los mismos temas y que hoy por hoy sólo en parte respondo de ellas. Aunque en rigor un escrito una vez publicado no es ya del autor, sino de todo el que lo lea, y habrá de seguro quien se encuentre más de acuerdo con lo que escribí hace catorce años que con lo que escribo yo. Pero no seré éste yo, seguramente.

De lo que me felicito es de poder contribuir á que sea mejor conocido aquel hombre de pasión, de pasión más que de idea, aquel gran sentidor, sentidor más que pensador—lo mismo que Joaquín Costa, otro apasionado y sentidor—en esta tierra en que es pasión y sentimiento y entusiasmo más que ideas y doctrinas lo que falta.

MIGUEL DE UNAMUNO.

Salamanca, Febrero 1912.

PRIMERA PARTE



DE MIGUEL DE UNAMUNO

Á

ANGEL GANIVET



# I

Espero no haya usted dado á completo olvido, amigo y compañero Gagnivet, aquellas para mi felices tardes de Junio de 1891, en que trabamos unas relaciones demasiado pronto interrumpidas, mucho antes, sin duda, de que llegásemos á conocernos uno á otro más por dentro. Débole por mi parte confesar que, al volver al cabo de los años á saber de usted y al conocerle de nuevo en sus escritos, me he encontrado con un hombre para mi nuevo, y de veras nuevo, un hombre nuevo, como los que tanta falta nos

hacen en esta pobre España, ansiosa de renovación espiritual.

Su *Idearium español*, ha sido una verdadera revelación para mí. Al leerle, me decía: "Torpe de mí, que no le conocí entonces... éste, éste es aquél que tales cosas me dijo de los gitanos una tarde en el café, en libre charla."

Esa libre y ondulante meditación del *Idearium*, merece, en verdad, no haber despertado en España ni los entusiasmos ni las polémicas que obra análoga hubiese provocado en otro país más dichoso, y lo merece así por la misma merced, por la que mereció abandonar la vida sin haber recibido el premio á que se había hecho acreedor aquel Agatón Tinoco, cuya muerte tan hermosamente usted nos narra. Vale más que su obra haya entrado á paso tan quedo que no el que hubiese hecho rebrotar á su cuenta el centón de sandeces y simplezas aquí de rigor en casos tales.

El *Idearium* se me presenta como alta roca á cuya cima olean vientos puros, destacándose del pantano de nuestra actual literatura, charca de aguas muertas y estancadas de donde se desprenden los miasmas que tienen sumidos en fiebre palúdica espiritual á nuestros jóvenes *intelectuales*. No es, por desgracia, ni la insubordinación ni la anarquía lo que, como usted insinúa, domina en nuestras letras; es la ramplonería y la insignificancia que brotan como de manantial de nuestra infilosofía y nuestra irreligión, es el triunfo de todo género que no haga pensar.

En tal estado de cosas, al contacto espiritual con obras tales como su *Idearium*, se fortifica en el ánimo el santo impulso de la sinceridad, tan cohibida y avergonzada como anda por acá la pobre. Porque entre tantos *prestigios* de que según dicen necesitamos con urgencia, nadie se acuerda del prestigio de la verdad, ni nadie se para tam-

poco á reflexionar en que nunca es una verdad más oportuna que cuando menos lo parezca serlo á los que de prudentes se precian y se pasan. En este sentido no conozco en España hombre más oportuno que el señor Pí y Margall. Espera á que la muela le duela para recomendar su extracción.

Oportunísimo es ahora ese su libro de honrada sinceridad, ese valiente *Idearium* en que afirma usted que “en presencia de la ruina espiritual de España hay que ponerse una piedra en el sitio donde está el corazón y hay que arrojar aunque sea un millón de españoles á los lobos, si no queremos arrojarnos todos á los puercos”.

Sí, como usted dice muy bien, España, como Segismundo, fué arrancada de su caverna y lanzada al foco de la vida europea, y “después de muchos y extraordinarios sucesos, que parecen más fantásticos que reales, volvemos á la razón en nuestra antigua caverna,

en la que nos hallamos al presente encadenados por nuestra miseria y nuestra pobreza, y preguntamos si toda esa historia fué realidad ó fué sueño„. Sueño, sueño y nada más que sueño ha sido mucho de eso, tan sueño como la batalla aquella de Villalar, de que usted habla, y que según parece no ha pasado de sueño, y si la hubo, no fué en todo caso más batalla que la de Cavite, que de tal no ha tenido nada.

No está mal que soñemos, pero acordándonos, como Segismundo, de que hemos de despertar de este gusto al mejor tiempo, atengámonos á obrar bien.

«pues no se pierde  
el hacer bien ni aun en sueños.»

Hay otro hermoso símbolo de nuestra España, moribunda, según Salisburi, y es aquel honrado hidalgo manchego Alonso Quijano, que mereció el sobrenombre de Bueno, y que al morir



se preparó á nueva vida renunciando á sus locuras y á la vanidad de sus ha-  
zañosas empresas, volviendo así su  
muerte en su provecho lo que había  
sido en su daño.

Pero de esto y de la necesaria muer-  
te de toda nación en cuanto tal, y de  
su más probable transformación futu-  
ra, diré lo que me ocurra en otro ca-  
pítulo.

Para él dejó la tarea de exponer con  
entera sinceridad las reflexiones que  
su preñado *Idearium* me ha sugerido  
acerca del porvenir de los pueblos  
apremiados en naciones y estados y  
acerca del porvenir de nuestra España  
sobre todo. Empezaré por D. Quijote

## II

Don Quijote y su escudero Sancho son en el dualismo armónico que manteniéndolos distintos los unía, símbolo eterno de la humanidad en general y de nuestro pueblo español muy especial. Por lo común, desconociendo el idealismo sancho-pancesco, el alto idealismo del hombre sencillo que quedando cuerdo sigue al loco, y á quien la fe en el loco le da esperanza de insula, solemos fijarnos en Don Quijote y rendir culto al quijotismo, sin perjuicio de escarnecerlo cuando por cul-

pa de él nos vemos quebrantados y molidos.

Una enfermedad es trastorno del funcionamiento fisiológico normal, pero rarisima vez destrucción de éste.

La locura, que es trastorno del juicio, lo perturba, pero no lo destruye. Cada loco es loco de su cordura, y sobre el fondo de ésta disparata, conservando al perder el juicio su indestructible carácter y su fondo moral.

Así conservó Don Quijote, bajo los desatinos de su fantasía descarriada por los condenados libros, la sanidad moral de Alonso el Bueno, y esta sanidad es lo que hay que buscar en él. Ella le inspiró su hermoso razonamiento á los cabreros; ella le dictó aquellas razones de alta justicia, como usted muy bien indica, amigo Ganivet, en que basó la liberación de los Galeotes.

Pero sucede, por mal de nuestros pecados, que cuando se invoca en España á Don Quijote es siempre que se

acomete á molinos de viento, ó cuando la trabajamos con pacíficos frailes de San Benito, ó para acometer sin razón ni sentido á algún nuevo caballero vizcaíno. Conviene, pues, ver el fondo inmoral de la quijotesca locura.

Las empecatadas lecturas de los mentirosos libros de caballerías, última escoria de aquel híbrido monstruo de paganismo real y cristianismo aparente que se llamó ideal caballeresco; tales lecturas despertaron en el honrado hidalgo la vanidad y la soberbia que duerme en el pozo de toda alma humana. Preocupábase de pasar á la historia y dar qué cantar á los romances; creíase uno de los "ministros de Dios en la tierra y brazos por quien se ejecuta en ella su justicia,, y de tal modo le engañó el enemigo que bajo sombra de justicia fué á imponer á los demás su espíritu y á erigirse en árbitro de los hombres. Cuando Vivaldo le argulló el que no se acordasen los

caballeros andantes antes de Dios que de su dama, esquivó la definitiva respuesta.

Me llevaría muy lejos el disertar acerca de lo profundamente anti-cristiano é inhumano, por lo tanto, al fin y al cabo, que resultan el ideal caballeresco, el pundonor del duelista, la tan decantada hidalguía y todo heroísmo que olvida el evangélico "no resistáis al mal,". Nunca me he convencido de lo religioso del llamado derecho de defensa, como de ninguno de los males, supuestos *necesarios*, como es la guerra misma. Si el fin del cristianismo no fuese libertarnos de esas *necesidades*, nada tendría de sobre-humano. A lo imposible hay que tender, que es lo que Jesús nos pidió al decirnos que fuésemos perfectos como su Padre.

Y volviendo á nuestro Quijote, creo yo que las más de las desdichas del español son fruto de sus pecados, como las de todos los pueblos. Nuestro peca-

do capital fué y sigue siendo el carácter impositivo y un absurdo sentido de la unidad. Mientras otros pueblos se acercaron á éstos ó aquéllos para explotarlos, en lo que sin duda cabe beneficio á la vez que explotación mutuas, nos empeñamos nosotros en imponer nuestro espíritu, creencias é ideales, á gentes de una estructura espiritual muy diferente á la nuestra. En Europa misma combatimos á éstos ó á aquéllos porque tenían sobre tal ó cual punto tal idea, cuando resulta, en fin de cuenta, que nosotros no teníamos ninguna.

Más de una vez se ha dicho que el español trató de *elegar* al indio á sí, y esto no es en el fondo más que una imposición de soberanía. El único modo de elevar al prójimo es ayudarle á que sea más *él* cada vez, á que se depure en su línea propia, no en la nuestra. Vale, sin duda, más un buen guaraní ó un tagalo que un mal español.

“Colonizar no es ir al negocio, sino civilizar pueblos y dar expansión á las ideas,, dice usted. Y yo digo: ¿á qué ideas? Y, además, el ir al negocio, ¿no puede resultar acaso el medio mejor y más práctico de civilizar pueblos? Con nuestro sistema no hemos conseguido ni aun lo que Pío Cid en el reino de Maya. Yo no sé si como ha habido civilización china, asiria, caldea, judáica, griega, romana, etc., cabrá civilización tagala; pero es el hecho que nada hemos puesto por despertarla, contentándonos con provocar entre los indígenas filipinos el fetichismo pseudo-cristiano.

“No por culpa mía, sino de mi caballo, estoy aquí tendido,, gritaba Don Quijote con arrogancia. Así nos sucede á nosotros, tendidos por culpa de los malos gobiernos, después de no haber llevado otro camino que el que quieren éstos, que en ello consiste la fuerza de las aventuras.

Y viendo que no podemos menearnos, acordamos de acogernos á nuestro ordinario remedio, que es pensar en algún paso de nuestros libros de historia, pues todo cuanto pensamos, vemos ó imaginamos, nos parece ser hecho y pasar al modo de lo que hemos leído. ¡Esa condenada historia que no nos deja ver lo que hay debajo de ella!

“Hemos tenido, después de períodos sin unidad de carácter, un período hispano-romano, otro hispano-visigótico y otro hispano-árabe; el que les sigue será un período hispano-europeo ó hispano-colonial, los primeros de constitución y el último de expansión. Pero no hemos tenido un período español puro, en el cual nuestro espíritu, constituido ya, diere sus frutos en su propio territorio; y por no haberlo tenido, la lógica exige que lo tengamos y que nos esforcemos por ser nosotros los iniciadores.”

Esto es pensar con tino, amigo Ganivet. Don Quijote, molido y quebrantado y vencido por el caballero de la Blanca Luna, tiene que volver á su aldea; y desechando ensueños de hacerse pastorcico y de convertir á España en una Arcadia, prepárase á bien morir, renaciendo en el reposado hidalgo Alonso el Bueno.

“¡Verdaderamente se muere y verdaderamente está cuerdo Alonso Quijano el Bueno!”, salió exclamando el cura cuando Don Quijote hizo su última confesión de culpas y de locuras. Es lo que debemos aspirar á que de nosotros se diga. ¿Es que tiene acaso que morir España para volver en su juicio?, exclamará alguien. Tiene, sí, que morir Don Quijote para renacer á nueva vida en el sosegado hidalgo que cuide de su lugar, de su propia hacienda. Y si se me arguye que el mismo hidalgo Alonso murió en cuanto volvió á su juicio, diré que creo firmemente

---

que el fin de las *naciones* en cuanto tales está más próximo de lo que pudiera creerse—que no en vano el socialismo trabaja—y que conviene se prepare cada cual de ellas á aportar al común acervo de los pueblos lo más puro, es decir, lo más cristiano de cada una. De la perfecta cristianización de nuestro pueblo es de lo que se trata.



### III

“Duele decirlo, pero hay que decirlo, porque es verdad; después de diez y nueve siglos de apostolado, la idea cristiana pura no ha imperado un sólo día en el mundo.” Ni imperará, amigo Ganivet, mientras haya naciones y con ellas guerras, ni tampoco imperará en España mientras no nos libertemos del pagano moralismo senequista, cuya exterior semejanza con la corteza del cristianismo hasta á usted mismo ha engañado.

La nación, como categoría histórica transitoria, es lo que más impide que

se depure, espiritualice y cristianice el sentimiento patriótico, desligándose de las cadenas del terruño, y dando lugar al sentimiento de la patria espiritual.

La nación, y la historia con ella, es el capullo que protege la vida del patriotismo en larva; pero si ha de convertirse en mariposa espiritual que se bañe en luz y sea fecunda, tiene que romper y abandonar el capullo.

El desarrollo de esto me llevaría muy lejos y tampoco quiero extractar aquí lo que antes de ahora he escrito acerca de la crisis del patriotismo. Lo que sí haré es tomar nota de la mención que al final de su obra hace usted de Robinsón, el héroe típico de la raza anglosajona.

Con tener, como usted dice, Robinsón su semitismo opaco, no hace sino ganar mucho, y en lo de que carezca su alma de expresión no concuerdo con usted, porque ni es la palabra, ni siquiera la idea, la única expresión del

alma. "Los ingleses—dice Carlyle—son un pueblo mudo; pueden llevar á cabo grandes hechos, pero no describirlos „ De los griegos en cambio tal vez quepa decir la inversa; toda la grandeza de Aquiles es de Homero.

Don Quijote se creó un mundo ideal que le hizo andar á tajos y mandobles con el real y efectivo y trastornar cuanto tocaba sin enderezar de verdad tuerco alguno, y Robinsón reconstruyó un mundo real y tangible sacándolo de la naturaleza que le rodeaba, allí donde el caballero manchego, sin las alforjas de Sancho se hubiese muerto de hambre, á pesar de jactarse de conocer las yerbas.

Un pueblo nuevo tenemos que hacer nos sacándolo de nuestro propio fondo, Robinsones del espíritu, y ese pueblo hemos de irlo á buscar á nuestra roca viva en el fondo popular que con tanto ahinco explora D. Joaquín Costa, investigador, á la vez que del derecho con-

suetudinario, de la antigüedad ibérica. No creo un absurdo aquello de la instauración de las costumbres celtibéricas, anteriores á los tiempos de la dominación romana, en que soñaba Pérez Pujol, pero lo que creo más vital es la completa despaganización de España. De los árabes no quiero decir nada, les profeso una profunda antipatía, apenas creo en eso que llaman civilización arábica y considero su paso por España como la mayor calamidad que hemos padecido.

No ahinca usted en su libro en la concepción religiosa española ni en la obra de su cristianización, y aun me parece que en esto no ha llegado usted á aclarar sus conceptos. Sólo así me explico lo que en la página 23 dice usted de la Reforma, juzgándola con notoria injusticia y á mi entender con algún desconocimiento de su última esencia, así como del "verdadero sentido del cristianismo,, que ha de ha-

llarse en la fe que permanece bajo las disputas de los hombres. Así me explico también que al principiar su libro confunda usted el dogma de la Concepción Inmaculada con el de la virginidad de la madre de Jesús.

Es una lástima el que los espíritus más geniales, más vigorosos, más sinceros y más elevados de nuestra patria no hayan trabajado lo debido sus concepciones y sentimientos religiosos, y que en este país, que se precia de muy católico, sea general la semi-ignorancia en cuanto al catolicismo y su esencia, aun entre los teólogos. La llamada *fe implícita* ha tomado un desarrollo que debe espantar á toda alma sinceramente cristiana.

Es menester que nos penetremos de que no hay reino de Dios y justicia sino en la paz, en la paz á todo trance y en todo caso, y que sólo removiéndolo todo lo que pudiere dar ocasión á guerra es como buscaremos el reino de

Dios y su justicia, y se nos dará todo lo demás de añadidura.

Y no prosigo ni despliego *por ahora* las ideas que acabo de apuntar, porque espero hacerlo con mayor sosiego. Ya sé que se las tachará de pura utopía.

¡Utopías! ¡Utopías! Es lo que más falta nos hace, utopías y utopistas. Las utopías son la sal de la vida del espíritu, y los utopistas, como los caballos de carrera, mantienen, por el cruce espiritual, pura la casta de los utilísimos pensadores de silla, de tiro ó de noria. Por ver en usted, amigo Ganivet, un utopista, le creo uno de esos hombres verdaderamente nuevos que tanta falta nos están haciendo en España.

DE ANGEL GANIVET

A

MIGUEL DE UNAMUNO



No he olvidado, amigo y compañero Unamuno, aquellas tardes que usted me recuerda ni aquellas charlas de café, ni aquellos paseos por la Castellana, cuando con el ardor y la buena fe de estudiantes, recién salidos de las aulas, reformábamos nuestro país á nuestro antojo. Recuerdo aún sus proyectos de entonces, entre los cuales el que más me interesó era el de publicar la *Batracomiomacha* de Homero (ó de quien sea), con ilustraciones de usted mismo, que para salir con lucimiento de su árdua empresa, estudia-

ba á fondo la atonía de los ratones y de las ranas. ¿Qué fué de aquella afición? Sobre la mesa de mármol del café me pintó usted una rana, con tan consumada maestría, que no la he podido olvidar; aún la veo, que me mira fijamente, como si quisiera comerme con los ojos saltones.

Han pasado siete años, que para usted han sido de estudios, y para mí de zarandeo y vagancia, salvo alguna que otra cosilla que he escrito para desahogarme; pero la amistad intelectual, aunque se forme en cuatro ratos de conversación, es tan duradera y firme, que en cuanto usted ha leído un libro mío y ha sabido por él que no me he muerto, ha pensado reavivarla con las tres bellísimas cartas que me envió, publicándolas en *El Defensor*, para que no se perdieran en el camino. Me encuentra usted completamente cambiado, y yo tampoco le hallo en el mismo punto en que le dejé. Por algo so-

mos hombres y no piedras. Hay quien de la consecuencia hace una virtud, sin fijarse en que la consecuencia del que no piensa, participa mucho de la estupidez. La principal virtud es que cada uno trabaje con su propio cerebro. Si trabajando así es consecuente consigo mismo, tanto mejor.

Lo que más me gusta en sus cartas es que me traen recuerdos é ideas de un buen amigo como usted, con quien me hallo casi de acuerdo, sin que ninguno de los dos hayamos pretendido estar acordes. Lo estamos por casualidad, que es cuanto se puede apetecer, y lo estamos aunque sentimos de modo muy diferente. Usted habla de "despaganizar" á España, de libertarla del "pagano moralismo senequista", y yo soy entusiasta admirador de Séneca; usted profesa antipatía á los árabes, y yo les tengo mucho afecto, sin poderlo remediar. Conste, sin embargo, que mi afecto terminará el día que mis an-

tiguos paisanos acepten el sistema parlamentario y se dediquen á montar en bicicleta.

Usted, amigo Unamuno, desciende en línea recta de aquellos esforzados y tenaces vascones, que jamás quisieron sufrir ancas de nadie; que lucharon contra los romanos, y sólo se sometieron á ellos por fórmula; que no vieron hollado su suelo por la planta de los árabes; que están todavía con él fusil al hombro para defender las libertades modernas, que ellos toman por cosa de farándula. Así se han conservado puros, aferrados al espíritu radical de la nación. Por esto habla usted de la instauración de las costumbres celtibéricas, y cree que el mejor camino para formar un pueblo nuevo en España, es el que Pérez Pujol y Costa han abierto con sus investigaciones. Yo, en cambio, he nacido en la ciudad más cruzada de España, en un pueblo que antes de ser español fué moro, ro-

mano y fenicio. Tengo sangre de lemosín, árabe, castellano y murciano, y me hago por necesidad solidario de todas las atrocidades y aun crímenes que los invasores cometieron en nuestro territorio. Si usted suprime á los romanos y á los árabes, no queda de mí quizás más que las piernas; me mata usted sin querer, amigo Unamuno.

Pero lo importante es que usted, aunque sea á regañadientes reconozca la realidad de las influencias que han obrado sobre el espíritu originario de España; porque hay quien lleva su exclusivismo hasta á negarlas; quien cree ya extirpadas las raíces del paganismo, y quien afirma que los árabes pasaron sin dejar huella; sueñan que somos una nación cristiana, cuando el cristianismo en España, como en Europa, no ha llegado todavía á moderar ni el régimen de fuerza en que vivimos, heredado de Roma, ni el espíritu caballeresco que se formó durante la



Edad Media, en las luchas por la religión. La influencia mayor que sufrió España, después de la predicación del cristianismo, la que dió vida á nuestro espíritu quijotesco, fué la arábíga. Convirtiendo nuestro suelo en escenario, donde diariamente se representó, siglo tras siglo, la tragedia de la Reconquista, los espectadores hubieron de habituarse á la idea de que el mundo era el campo de un torneo, abierto á cuantos quisieran probar la fuerza de su brazo. La transformación psicológica de una nación por los hechos de su historia, es tan inevitable como la evolución de las ideas del hombre, merced á las sensaciones que va ofreciéndole la vida. Y el principio fundamental del arte político ha de ser la fijación exacta del punto á que ha llegado el espíritu nacional. Esto es lo que se pregunta de vez en cuando al pueblo en los comicios, sin que el pueblo conteste nunca, por la razón con-

cluyente de que no lo sabe ni es posible que lo sepa. Quien lo debe de saber es quien gobierna, quien por esto mismo conviene que sea más psicólogo que orador, más hábil para ahondar en el pueblo que para atraérselo con discursos sonoros.

He aquí una reforma política grande y oportuna. ¿Quién sabe si dedicados algún tiempo á la meditación psicológica, descubriríamos ¡oh grata sorpresa! que la vida exterior que hoy arrastra nuestro país, no tiene nada que ver con su vida íntima, inexplorada? Yo creo á ratos que las dos grandes fuerzas de España, la que tira para atrás y la que corre hacia adelante, van dislocadas por no querer entenderse, y de esta discordia se aprovecha el ejército neutral de los ramplones para hacer su agosto; y á ratos pienso también que nuestro país no es lo que aparece, y se me ocurre compararlo con un hombre de genio que hubiera

tenido la ocurrencia de disfrazarse con careta de burro para dar á sus amigos una broma pesada.

## II

La comparación de que me valí para explicar cómo entiendo yo la influencia arábica en España, sirve asimismo para comprender el desarrollo de las ideas del hombre. Lo que usted recuerda mejor de mí, al cabo de siete años, es que yo le hablé de los gitanos. ¿Qué casta de pájaro será éste (pensaría usted), que parece interesarse más por las costumbres gitanescas que por las ciencias y artes que le habrán enseñado en la Universidad? Todo se explica, sin embargo, querido compañero, porque yo viví muchos años en la vecin-

dad de la célebre gitanería granadina.

También le diré que el concepto de las ideas "redondas" que me sirvió de criterio para escribir el *Idearium*, me lo sugirió mi primer oficio. Yo he sido molinero, y á fuerza de ver cómo las piedras andan y muelen sin salirse nunca de su centro, se me ocurrió pensar que la idea debe de ser semejante á la muela del molino, que sin cambiar de sitio da harina y con ella el pan que nos nutre, en vez de ser como son las ideas en España, ideas "picudas", proyectiles ciegos que no se sabe á donde van y van siempre á hacer daño.

Mientras en España no existan hábitos intelectuales y se corra el riesgo de que las ideas nobles se desvirtúen y conviertan en armas de sectario, hay que ser prudentes. La sinceridad no obliga á decirlo todo sino á que lo que se dice sea lo que se piensa. Por esto encuentra usted oscuros mis conceptos en materia de religión; no sería así

---

si yo hubiera puesto en mi libro una idea que se me ocurrió y que suprimí, porque si no era picuda por completo, tampoco era redonda del todo; era algo esquinada la infeliz y lo sigue siendo. Esta idea es la de adaptar el catolicismo á nuestro territorio, para ser cristianos españoles. Pero bastaría apuntar la idea para que se pensara á seguida en iglesias disidentes, religión nacional, jansenismo y demás lugares del repertorio; y nada se adelantaría con decir que lo uno nada tiene que ver con lo otro, porque al decirlo por adelantado, se daría pie para que pensarán peor aún. Sin embargo, en filosofía dije claramente que era útil romper la unidad, y en religión llegué á decir que, en cuanto en el cristianismo cabe ser original, España había creado el cristianismo más original.

Lo más permanente en un país es el espíritu del territorio. El hecho más transcendental de nuestra historia es

el que se atribuye á Hércules, cuando vino y de un porrazo nos separó de Africa; y este hecho no está comprobado por documentos fehacientes. Todo cuanto viene de fuera á un país, ha de acomodarse al espíritu del territorio si quiere ejercer una influencia real.

Este criterio no es particularista; al contrario, es universal, puesto que si existe un medio de conseguir la verdadera fraternidad humana, éste no es el de unir á los hombres debajo de organizaciones artificiosas, sino el de afirmar la personalidad de cada uno y enlazar las ideas diferentes por la concordia y las opuestas por la tolerancia. Todo lo que no sea esto es tiranía, tiranía material que rebaja al hombre á la condición de esclavo y tiranía ideal que le convierte en hipócrita. Mejor es que usted y yo tengamos ideas distintas que no que yo acepte las de usted por pereza ó ignorancia; mejor es que en España haya quince ó veinte nú-

cleos intelectuales, si se quiere antagónicos, que no que la nación sea un desierto y la capital atraiga á sí las fuerzas nacionales, acaso para anularlas; y mejor es que cada país conciba el cristianismo con su espíritu propio, así como lo expresa en su propia lengua, que no se someta á una norma convencional. No debe satisfacernos la unidad exterior, debemos buscar la unidad fecunda, la que resume aspectos originales de una misma realidad.

Esto parecerá vago, pero tiene multitud de aplicaciones prácticas, de las que citaré algunas para precisar más la idea. El socialismo tiene en España adeptos que propagan éstas ó aquellas doctrinas de éste ó aquel apóstol de la escuela. ¿No hay acaso en España tradición socialista? ¿No es posible tener un socialismo español? Porque pudiera ocurrir, como ocurre, en efecto, que en las antiguas comunidades religiosas y civiles de España estuviera ya reali-

zado mucho de lo que hoy se presenta como última novedad. Creo, pues, más útiles y sensatos los estudios del señor Costa, de quien usted hablaba con justo elogio, que los discursos de muchos propagandistas que aspiran á reformar á España sin conocerla bien.

En filosofía asistimos ahora á la rehabilitación de la escolástica, en su principal representación, la tomista. El movimiento comenzó en Italia y de allí ha venido á España, como si España no tuviera su propia filosofía. Se dirá que nuestros grandes escritores místicos no ofrecen un cuerpo de doctrina tan regular, según la pedagogía clásica, como el tomismo; quizás sea éste más útil para las artes de la controversia y para ganar puestos por oposición. Pero ni sería tan difícil formar ese cuerpo de doctrina, ni se debe pensar en los detalles cuando á lo que se debe atender es á lo espiritual, íntimo, subjetivo y aun artístico de la filoso-

fía, cuyo principal mérito está acaso en que carece de organización doctrinal.

Aun en los más altos conceptos de la religión creo que es posible marcar el genio de cada pueblo; aun en los dogmas. Usted me hace notar la confusión dogmática que parece desprenderse de la primera idea de mi libro; antes que usted, me lo dijeron otros amigos, y antes que el libro se imprimiera alguien me aconsejó que la suprimiera, y yo estuve casi tentado de hacerlo, más que por el error que en ella pudiera verse por no dar á algún lector una mala impresión en las primeras líneas. Y sin embargo, no la suprimí. ¿Por testarudez?—se pensará—No fué sino porque veía en esa idea una idea muy española. El dogma de la Inmaculada Concepción se refiere, es cierto, al pecado original; pero al borrar este último pecado da á entender la suma pureza y santidad. El dogma literal se presta además á esa amplia

interpretación, porque las palabras "Concebida sin mancha" dicen al alma del pueblo dos cosas: que la Virgen *fué concebida* sin mancha; y que *es concebida* sin mancha eternamente por el espíritu humano. Hay el hecho de la Concepción real y el fenómeno de la concepción ideal por el hombre de una Mujer que, no obstante haber vivido vida humana, se vió libre de la mancha que la materia imprime á los hombres. Preguntemos uno á uno á todos los españoles y veremos que la Purísima es siempre la Virgen ideal cuyo símbolo en el arte son las Concepciones de Murillo. El pueblo español ve en ese misterio no sólo el de la concepción ni el de la virginidad, sino el misterio de toda una vida. Hay un dogma escrito inmutable, y otro vivo, creado por el genio popular.

También los pueblos tienen sus dogmas, expresiones seculares de su espíritu.

### III

Desea usted que el cristianismo impere por la paz y como usted no es un filántropo rutinario de los que tanto abundan, sino un verdadero pensador, habla asegurada de despaganizar á Europa, porque sabe que la guerra tiene su raiz en el paganismo. Sus ideas de usted son comparables á las que Tolstoï expuso en su manifiesto titulado "Le non agir,, aunque Tolstoï, no contento con combatir la guerra, combate el progreso industrial y hasta el trabajo que no sea indispensable para las necesidades perentorias del vivir.



Para que la organización cambie han de cambiar antes las ideas, ha de operarse la "metancia," evangélica, y para esto es preciso trabajar poco y meditar bastante y amar mucho. La lucha por el progreso y por la riqueza es tan peligrosa como la lucha por el territorio. Vea usted, si no, amigo Unamuno, el desencanto que se están llevando los que creían que el porvenir estaba en América. En unas cuantas semanas se ha despertado el atavismo europeo, la riqueza acumulada por los negociantes se transforma en armas de guerra y aparece ésta en condiciones, que en Europa misma, serían impracticables. Porque en Europa no se usan ya guerras repentinas ni se suele acudir á las armas antes de agotar todos los medios pacíficos ni practicar ciertos procedimientos que hoy se emplean en nuestro daño. América tendrá ejércitos como Europa y disfrutará de los goces inefables de las guerras terri-

toriales y de raza; en vez de hacer algo nuevo copiará á Europa y la copiará mal; y los hombres insignificantes que han derrochado estúpidamente las buenas tradiciones de su nación serán glorificados por la plebe.

La raza indoeuropea ha ejercido siempre su hegemonía en el mundo por medio de la fuerza. Desde los ejércitos descritos por Homero hasta los descritos hoy por la prensa periódica, son tantas las metamorfosis que ha sufrido el soldado ario que se pierde ya la cuenta. Unas veces han atacado en forma de cuña y otras en forma rectangular, y nosotros hemos descubierto últimamente el sistema de pelear boca arriba como los gatos. Los europeos dicen que dominan por sus ideas; pero esto es falso. La idea en que se ampara la fuerza de Europa es el cristianismo, una idea de paz y de amor, que por esto no puede nacer entre nosotros. Nació en el pueblo judaico, que

fué siempre enemigo de combatir y se pasó la vida huyendo de sus enemigos ó subyugado por ellos; porque en los momentos de peligro, en vez de aparecer en el seno de este pueblo grandes generales, "organizadores de la victoria,, aparecían profetas que se ponían de parte del enemigo, considerándolo como un enviado de Dios. El precepto evangélico de no resistir el mal es consecutivo del espíritu judaico.

Por esto los europeos no lo han comprendido aún, ni menos practicado. Somos paganos de origen y de vez en cuando la sangre nos turba el corazón y se nos sube á la cabeza. Vea usted, si no, por vía de ejemplo, lo que ocurre en el arte. El cristianismo creó su arte propio, cuyo dogma se puede decir que era el resplandor del espíritu, así como el paganismo era el resplandor de la forma. Yo he visto en los Países Bajos centenares de obras inspiradas por el cristianismo puro y he visto

cómo, aquellos artistas que tan torpemente creaban obras tan sublimes, se encaminaban á Italia, cuando en Italia apareció el Renacimiento; me hacen pensar en tristes ayunantes, que después de comer espinacas durante el período cuaresmal se relamen de gusto viendo un buen tasajo de carne ó un pavo relleno. Puesto entre las dos artes prefiero el cristianismo, porque es más espiritual; pero me seduce también el arte pagano y me seducen aún más las obras de aquellos artistas españoles que acertaron como ningunos á infundir el espíritu cristiano en la forma clásica. Esto parecerá eclecticismo; pero el eclecticismo está en nuestra constitución y en nuestra historia. En España se ha batallado siglos enteros para fundir en una concepción nacional las ideas que han ido imperando en nuestro suelo, y á poco que se ahonde se descubre aún la hilaza. En Granada, por ejemplo, no hay artísti-

camente puro nada más que lo arábigo y aun debajo de esto suele hallarse la traza del arte romano. Lo que viene después tiene siempre dos caras: una cristiana y otra clásica, como en las esculturas de nuestro insuperable Alonso Cano, ó una cristiana y otra oriental, como en el poema admirable de Zorrilla. La primera habla al espíritu; la segunda á los sentidos, que también son algo para el hombre. La esencia es siempre mística, porque lo místico es lo permanente en España, pero el ropaje es vario, por ser varia y multiforme nuestra cultura. Todo lo más á que puede aspirarse es á que el sentimiento cristiano sea cada día más alma de nuestras obras.

Así como hay hombres que viven una vida casi material y hombres que colocan el centro de su vida en el espíritu, dando al cuerpo sólo lo indispensable, así hay naciones que continúan aún aferradas á la lucha brutal y naciones

que espiritualizan la lucha y se esfuerzan por conseguir el triunfo ideal. Pero no hay cerebro ni corazón que se sostenga en el aire; ni hay idealismo que subsista sin apoyarse en el esqueleto de la realidad, que es en último término la fuerza. El hombre está organizado autoritariamente (aun cuando el centro no funcione), y todas sus creaciones son hechas á su imagen y semejanza: desde la familia hasta la agrupación innominada, que forma el concierto de las naciones, Europa ha representado siempre el centro unificado y director de la Humanidad y esto ha podido lograrlo solamente ejerciendo violencia en los demás pueblos. Hay quien sueña, como usted, en el aniquilamiento de ese eterno régimen, y en que un día impere en el mundo por su pura virtualidad, el ideal cristiano. ¿Por qué no soñar y entusiasmarse soñando con tan admirable anarquía?



## VI

Quien haya leído sus artículos y lea ahora los míos creerá seguramente que somos dos ideólogos sin pizca de sentido práctico, cuando con tanta frescura nos ponemos á hablar de los caracteres constitutivos de nuestra nación, sin parar mientes en los desastres que llueven sobre ella. Tanto valdría, se pensará, ponerse á meditar sobre las mareas en el momento crítico de un naufragio, cuando sólo queda tiempo para encomendarse á Dios antes de irse á fondo. No obstante, la tempestad pasa y las mareas siguen; y

quién sabe si una misma razón no explica ambos fenómenos. Las ideologías explican los hechos vulgares, y si en España no se hace caso de los ideólogos es porque éstos han dado en la manía de empolvarse y engomarse, de "academizarse", en una palabra, y no se atreven á hablar claro por no desentonar, ni á hablar de los asuntos del día por no caer en lugares comunes. Sin duda ignoran que Platón cortó el hilo de uno de sus más hermosos diálogos para explicar cómo se quita el hipo, y que Homero no desdeñó cantar en versos de arte mayor cómo se asa un buey. Se puede ser correcto y hasta clásico, explicando cómo se pierden las colonias.

Nosotros descubrimos y conquistamos por casualidad, con carabelas inventadas por los portugueses, llevando por hélice la fe y por caldera de vapor el viento que soplaba. Y al cabo de cuatro siglos nos hallamos con que

en nuestros barcos no hay fe ni velas donde empuje el viento, sino maquinarias que casi siempre están inservibles. La invención del vapor fué un golpe mortal para nuestro poder. Hasta hace poco no sabíamos construir un buque de guerra, y hasta hace poquísimo nuestros maquinistas eran extranjeros. Al fin hemos vencido estas dificultades; pero tropezamos con otra: los buques necesitan combustible y nosotros somos incapaces de concebir una estación de carbón. No tenemos alma, aunque se dice que somos desalmados, para incomodar á nadie metiéndole en su casa una carbonera, como hacen los ingleses, por ejemplo, en Gibraltar. Cuando perdamos nuestros dominios se nos podrá decir: — Aquí vinieron ustedes á evangelizar y á cometer desafueros; pero no se nos dirá: — aquí venían ustedes á tomar carbón. Demos por vencida también la falta de estaciones propias para nuestros buques,

y aún faltará algo importantísimo: dinero para costear las escuadras, el cual ha de ganarse explotando esas colonias que se trata de defender. Porque sería más que tonto comprar una escuadra formidable en el extranjero para enviarla á Filipinas á asegurar el negocio que allí hacen los mismos extranjeros. Más lógico es dejarse derrotar "heroicamente". Acaso la batalla más discretamente perdida, entre todas las de nuestra historia, sea esa batalla de Cavite, que usted, compañero Unamuno, comparaba en tono humorístico con la de Villalar.

No basta adaptar un órgano; hay que adaptar todo el organismo. En España sólo hay dos soluciones racionales para el porvenir: someternos en absoluto á las exigencias de la vida europea, ó retirarnos en absoluto también y trabajar para que se forme en nuestro suelo una concepción original, capaz de sostener la lucha contra las

ideas corrientes, ya que nuestras actuales ideas sirven sólo para hundirnos á pesar de nuestra inútil resistencia. Yo rechazo todo lo que sea sumisión, y tengo fe en la virtud creadora de nuestra tierra. Mas para crear es necesario que la nación, como el hombre, se recojan y mediten, y España ha de reconcentrar todas sus fuerzas y abandonar el campo estéril, en el que hoy combate por un imposible, con armas compradas al enemigo. Nos ocurre como al aristócrata arruinado que trata de restaurar su casa solariega hipotecándola á un usurero.

Nuestra colonización ha sido casi novelesca. La mayoría de la nación ha ignorado siempre la situación geográfica de sus dominios; le ha ocurrido como á Sancho Panza, que nunca supo donde estaba la ínsula Barataria ni por donde se iba á ella ni por donde se venía, lo cual no le impidió dictar preceptos notables que si los hubieran

cumplido hubieran dejado tamañitas á nuestras famosas leyes de Indias, á las que tampoco se dió el debido cumplimiento, por lo mismo que eran demasiado buenas. Pero nadie nos quita el gusto de haberlas dado, para demostrar al mundo que si no supimos gobernar no fué por falta de leyes, sino porque nuestros gobernados fueron torpes y desagradecidos.

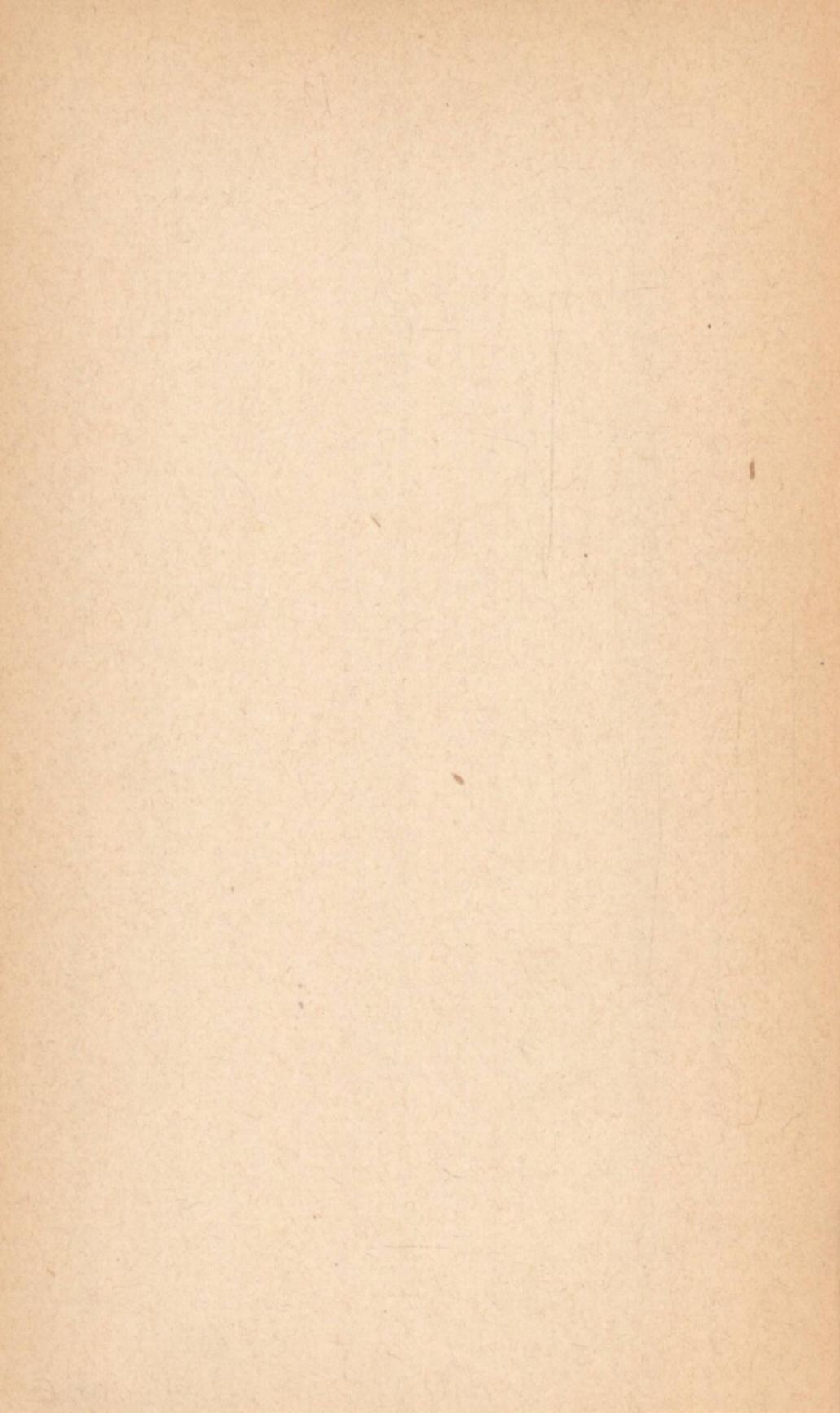
Detrás de la antigua aristocracia vino la del progreso. El pueblo que antes pertenecía á un gran señor y era administrado por un mayordomo de manga ancha, cayó en las garras de un usurero y el pueblo inocente, que creía llegada una era de prosperidades trabaja más y gana más y come lo mismo ó menos; y si algún infeliz se atreve á coger un brazado de leña en el monte, que antes estaba abierto para todos, no tarda en ser cogido por un guarda y enviado unos cuantos años á presidio. Este es el porvenir que le aguarda

á nuestra población colonial, que cree cándidamente que han de venir gentes más activas á enriquecerla. Pero nada se gana con predicar á estas alturas. La humanidad, ella sabrá por qué, se ha dedicado á los negocios, y ahí está la causa de nuestra decadencia. Nosotros no tenemos capital para emprenderlos ni gran habilidad tampoco; y si emprendemos alguno nos olvidamos, por falta de espíritu previsor, de apoyarlo bien para que no fracase. Hay en Europa naciones que sostienen artificialmente con los productos que exportan varios millones de habitantes, que el suelo no podría nutrir; en España no llegan quizás á un millón los que viven de la exportación á Ultramar, y esos están hoy amenazados, y tal vez se vean pronto obligados á buscar el pan en la emigración. Hemos podido ingeniarnos para conseguir la independencia económica, impuesta por nuestro carácter territorial, y de-

jándonos de libros de caballería, atennos á nuestro suelo, cuyas fuerzas naturales bastan para sostener una población mayor que la actual.

Así se hubiera evitado la guerra; porque esta guerra que se dice sostenida por honor es también, y acaso más, lucha por la existencia. La pérdida de las colonias sería para España un descenso en su rango como nación; casi todos sus organismos oficiales se verían disminuídos y, lo que es más sensible, la población disminuiría también á causa de la crisis de algunas provincias. Se puede afirmar que todos los intereses tradicionales y actuales de España salen heridos de la refriega; los únicos intereses que salen incólumes son los de la España del porvenir, á los que al contrario conviene que la caída no se prolongue más, que no sigamos eternamente en el aire, con la cabeza para abajo, sino que toquemos tierra alguna vez.

Este gran problema que nos ha planteado la fatalidad ha sido embrollado adrede por falta de valor para presentarlo ante España en sus términos brutales, escuetos, que serían: ¿Quieres ser una nación modesta y ordenada y ver emigrar á muchos de tus hijos por falta de trabajo, ó ser una nación pretenciosa ó flatulenta y ver morir á muchos de tus hijos en el campo de batalla y en el hospital? ¿Qué cree usted, amigo Unamuno, que hubiera contestado España?



## V

Usted, amigo Unamuno, que es cristiano sincero, resolverá la cuestión radicalmente, convirtiendo á España en una nación cristiana, no en la forma, sino en la esencia, como no lo ha sido ninguna nación en el mundo. Por eso acudía usted al admirable simbolismo del Quijote y expresaba la creencia de que el ingenioso hidalgo recobrará muy en breve la razón y se morirá, arrepentido de sus locuras. Esta es también mi idea, aunque yo no doy la curación por tan inmediata. España es una nación absurda y metafísicamente

imposible, y el absurdo es su nervio y su principal sostén. Su cordura será la señal de su acabamiento. Pero donde usted ve á Don Quijote volver vencido por el caballero de la Blanca Luna, yo lo veo volver apaleado por los desalmados yangüeses, con quien topó por su mala ventura.

Quiero decir con esto que Don Quijote hizo tres salidas y que España no ha hecho más que una y aún le faltan dos para sanar y morir. El idealismo de Don Quijote era tan exaltado, que la primera vez que salió de aventuras se olvidó de llevar dinero y hasta ropa blanca para mudarse; los consejos del ventero influyeron en su ánimo, bien que vinieran de tan indocto personaje, y le hicieron volver pies atrás. Creyóse que el buen hidalgo, molido y escarmentado, no volvería á las andadas, y por sí ó por no, su familia y amigos acudieron á diversos expedientes para apartarle de sus desvaríos, incluso el

de murar y tapiar el aposento donde estaban los libros condenados; mas Don Quijote, muy solapadamente, tomaba mientras tanto á Sancho Panza de escudero, y vendiendo una cosa y empeñando otra y malbaratándolas todas, reunía una cantidad razonable para hacer su segunda salida, más sobre seguro que la primera.

Este es el cuento de España. Vuelve ahora de su primera escapatoria para preparar la segunda; y aunque muchos españoles creamos de buena fe que se lo hemos de quitar de la cabeza, no adelantaremos nada. Y acaso sería más prudente ayudar á los preparativos de viaje, ya que no hay medio de evitarlo. Yo decía también que convendría cerrar todas las puertas para que España no se escape, y sin embargo, contra mi deseo, dejó una entornada, la de Africa, pensando en el porvenir. Hemos de trabajar, sí, para tener un período histórico español puro; mas la fuerza ideal

y material que durante él adquiramos, verá usted cómo se va por esa puerta del Sur, que aún seduce y atrae al espíritu nacional. No pienso, al hablar así, en Marruecos: pienso en toda Africa; y no en conquistas y protectorados, que esto es de sobra conocido y viejo, sino en algo original, que no está al alcance ciertamente de nuestros actuales políticos. Y en esta nueva serie de aventuras tendremos un escudero, y ese escudero será el árabe.

Se me dirá que el Africa está ya repartida como pan bendito; pero también estuvo repartido el mundo, ó poco menos, entre España y Portugal, y ya ve usted á dónde hemos llegado. En nuestros días hemos visto aparecer varias doctrinas flamantes como la de Monroe y la de la protección de interés, la de la ocupación efectiva y la del arrendamiento. Europa se arrienda á China en diversos lotes y se reparte el Africa, porque no estaba ocupado efec-

tivamente. Y á esto no hay nada que objetar; si la propiedad privada se pierde por el abandono de la misma, ¿por qué no ha de perder una nación sus derechos soberanos sobre territorios que nominalmente se atribuye? Lo único que se puede decir es que ahora tampoco es efectiva la ocupación, y que lo que se llama "esfera de influencia" ó "hinterland" es, con nombre diverso, la misma soberanía nominal, hoy desusada. No sé si usted es amante del Derecho, amigo Unamuno, y si se disgustará porque le diga que el Derecho es una mujerzuela flaca y tornadiza, que se deja seducir por quien quiera que sepa sonar bien las espuelas y arrastrar el sable. Si España tuviera fuerzas para trabajar en Africa, yo, que soy un quidam, me comprometería á inventar media docena de teorías nuevas para que nos quedáramos legalmente con cuanto se nos antojara.

Ahora y antes, el único factor efec-

tivo que en Africa existe, aparte de los indígenas, es el árabe, porque es el que vive de asiento, el que tiene aptitud para aclimatarse y para entenderse con la raza negra de un modo más natural que el que emplean los misioneros, que introducen, según la frase de usted, el "fetichismo pseudo cristiano". El árabe, habilitado y gobernado por un espíritu superior, sería un auxiliar eficaz, el único para levantar á las razas africanas sin violentar su idiosincrasia. Los árabes dispersos por el Africa están obscurecidos y anulados en la apariencia con los europeos, porque éstos no saben entenderse con ellos; nosotros sí sabríamos. Actualmente la empresa es disparatada, pues sin contar nuestra falta de "dineros y camisas", el antagonismo religioso lo echaría todo á perder. Pero, ¿quién sabe lo que dirá el porvenir? ¡Utopía! ¿No le agradan á usted las utopías? "Sí, me agradan, me contestará usted, pero

esa pasa de la marca: yo hablo en pro de la paz y usted nos arma para nuevas guerras. " Si usted me dice que hay que despaganizar á Europa y destruir en ella los gérmenes de agresión, yo estoy con usted, porque el deseo es generoso y noble. Pero mientras la forma de la vida europea sea la agresión y se proclame moribundas á las naciones que no atacan y aun se piensa en descuartizarlas y repartírselas, la paz en una sola nación sería más peligrosa que la guerra. La nación más cristiana, por temperamento, ha sido la judaica, y tiene que vivir, como quien dice, con los trastos áuestas. Así, pues, España encerrada en su territorio, aplicada á la restauración de sus fuerzas decaídas, tiene por necesidad que soñar en nuevas aventuras; de lo contrario, el amor á la vida evangélica nos llevaría en breve á tener que alzarnos en armas para defender nuestros hogares contra la invasión extranjera. El espí-

ritu territorial independiente movió á las regiones españolas á buscar auxilio fuera de España, y ese mismo espíritu, indestructible, obligará á la nación unida á buscar un apoyo en el continente africano para mantener ante Europa nuestra personalidad y nuestra independencia.